

LA VOCACION UNIVERSITARIA

POR LUIS MARÍA SELIGMANN SILVA

Pocos temas tan delicados como el de la vocación, en particular de la vocación para los estudios universitarios. Mucho va de la felicidad personal en la recta elección de una profesión o estado determinados, pero también importa sobremanera a la extensión del Cuerpo Místico de Cristo, al cual contribuimos en lugar y modo determinados, de manera incommunicable y única.

Para desentrañar brevemente el tema de la vocación a lo universitario, debemos previamente aclarar dos conceptos: el de vocación, y el de lo que sea específicamente lo universitario.

En cuanto a lo primero, baste indicar los caracteres del llamado impulso interior que discernimos como vocación. El principio próximo de selección se halla en la naturaleza individual de cada cual. Si bien todos estamos obligados a la vocación más profunda de la perfección cristiana, que consiste en la caridad, cada uno tiene un estado y una profesión en los cuales dar de sí todo lo que una vocación exige, o sea la entrega de sí mismo, de todo el hombre, varón o mujer, al ideal concebido. El estado expresa un grado de orden; el oficio en cambio se refiere al acto, y proviene de "efficere". Esto último se identifica con el moderno vocablo de "profesión", y encierra una función orientada hacia el bien común. De aquí que la distinción de los oficios o profesiones se haga según los actos que tengan a los demás como objeto.

Si con Marañón comparamos la vocación al amor, deberemos desde ya destacar este rasgo típico del amor que es la entrega al objeto amado, por contraposición a un mero querer, que quiere para sí con un cierto egoísmo. Y la profesión seguida con vocación tiene este carácter que la diferencia de la veleidad.

En cuanto a lo segundo, lo universitario, tiene naturalmente un sentido muy propio. No me refiero a las aptitudes para tal o cual profesión, en las cuales aptitudes — que saboreamos con un cierto gusto de su ejercicio — reside una guía muy probable de una verdadera vocación. Sino que me refiero a un llamado hacia lo específica-

mente universitario, que consiste ante todo en un llamado sincero y constante a profundizar el sentido y dar testimonio total de la verdad. No de muchas verdades diseminadas extensamente por una erudición no siempre al servicio de la inteligencia de las cosas, sino de la verdad, considerada como saber integral, universal. Porque la ley de la verdad, y su precio real, es su visión integral, unida a la vida plena en ella. Y un tal saber implica para quien se siente llamado a la vida del universitario, una actitud y una vida que sirvan de testimonio a la vocación verdadera. Esto resulta evidente si consideramos que el conocer — de modo particular el que aspira a llegar a ser un saber universitario — no es el juego mecánico de una máquina humana, ni es originalmente una mera técnica, sino que es una vida. Como decía claramente Aristóteles: “la energía, pues, de la mente, es vida”. Hay una profesión de hombre en la que la Universidad graduará al universitario, profesión tanto más íntegra cuanto más profundo sea el saber que la anima. Sin duda será fácil la tentación de abandonar el muchas veces árido pero siempre luminoso y finalmente triunfante camino de la verdad, sólo porque algo aparentemente más importante e inmediato se nos coloca por delante. Es la tentación de renegar nuestra vocación a la búsqueda y conocimiento vital de los valores absolutos que exigen para nosotros luchas permanentes de dolorosa superación, para dejarse arrastrar en el veleidoso apasionamiento por problemas que sólo se hallen de moda.

La visión del futuro para el llamado a lo universitario es sin embargo optimista. Él debe tener conciencia clara de la necesidad de “vivir intensamente lo que de bueno, bello y grande ofrece la seriedad científica y sana camaradería de la vida universitaria”, como recomendaba S. S. Pío XII. Con el tiempo, esa saludable vida universitaria producirá esa fuerte vida interior, ese sentido delicado del deber y ese vigor en las virtudes, características todas ellas de aquél que ama apasionada y ordenadamente la verdad.

Parte del natural optimismo del llamado al servicio de la verdad en lo universitario, debe fundamentarse en una clara y ordenada concepción jerárquica del trabajo, concebido éste como parte de un todo, el hombre. Así se comprenderá, por su jerarquía propia, la razón de los privilegios que procede conceder a quienes sirven con pureza de intención al trabajo espiritual e intelectual, sin desmedro de la función propia de la tarea manual, que no sabe estar ausente en el hombre total.

De lo expuesto sobre el sentido de la vocación en general, y de lo universitario en particular, podemos ver de algún modo qué amores determinados orientan hacia ese superior amor a la verdad.

Eso equivale a recordar que las obras son amores, y no sólo las buenas razones. Las aptitudes son actitudes, o no muestran nada en lo que a vocación respecta. Por eso ese amor a la verdad clara y profunda integralmente concebida, se traduce en el amor de predilección hacia ciertas virtudes y dones en particular, que nos orientan directamente y nos empujan más fuertemente para lograr la plenitud del amor vocacional.

Primero las virtudes intelectuales fundamentales, y con ellas un ordenado cultivo de la inteligencia, la memoria y la imaginación, combinadas a la especialísima virtud de la estudiosidad, o espíritu de estudio, que no debe confundirse con el apasionado afán de las rápidas conquistas de los grados de penetración intelectual. La verdad se rinde a quien la ama apasionada, sí, pero ordenadamente. Y así la estudiosidad se someterá al contralor de la temperancia moderadora. Y ya que nos referimos a esa función de la templanza, recordemos que las virtudes morales, por las cuales son dominadas las pasiones, importan sobremanera para la adquisición de la ciencia, como nos advierte Santo Tomás. Porque la verdad y el bien están unidos y son por sus cumbres idénticos. La vida es una unidad, y esa unidad le viene del amor, y este amor no existe sin virtud. Y la virtud más alta es la caridad, que es amor.

Y esta Caridad llama, porque la vocación es una cadena de llamados que nos guía a la perfección, a los dones con que el Espíritu Santo ofrece suplemento al esfuerzo intelectual. En particular a los dones intelectuales: el don de entendimiento para fortalecer nuestra fe, aguzando la perspicacia del espíritu para captar el verdadero sentido de las verdades reveladas; el don de sabiduría para poder contemplar las verdades de la fe en esa gran luz que nos hace experimentar indecibles alegrías; el don de ciencia para permitirnos desentrañar en la magna sinfonía de las cosas creadas las sugestivas lecciones que nos tornan a Dios. Y también el don de consejo, para iluminar el entendimiento práctico en aquello que debe obrar en los casos concretos y la gama de medios que pudiere emplear.

Así, profundo, es el llamado a esa vida cristiana plena, honda, fuerte y sólida que es la del universitario cabal. Así es esa vocación

al saber universitario que algún día se concretará en esa capacidad de discernimiento personal, fruto de largo estudio y observación; en ese criterio, originado en la crítica metódica de hechos e ideas; en esa facultad, breve y profunda en su penetración, para dominar los problemas más complejos y delicados.

Y todo ello coronado con una santidad de vida que, combinada con ese espíritu científico identificado con la posibilidad de saber por sí mismos, dará testimonio del inmenso y permanente poder de la verdad testimoniada.

(Laus Deo).

Luis María Seligmann Silva.

